

Km Cero

REVISTA CULTURAL SOBRE EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Tradiciones sonoras del Centro

Un viaje por la música, los murmullos y las voces

Agosto 2017 • Número 105
www.centrohistorico.cdmx.gob.mx

EJEMPLAR GRATUITO

A fondo

Orquesta Típica de la Ciudad de México: más de ciento treinta años de historia.

Quehaceres

El alebrije: monstruo representativo del arte popular.

CDMX

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO



Escuchar nuestro Centro

LA RIQUEZA DE LAS CIUDADES NO SE AGOTA EN SUS EDIFICIOS, TEMPLOS, avenidas, portales, monumentos, esculturas y otros elementos arquitectónicos. El patrimonio histórico se construye desde perspectivas muy variadas y su comprensión ha ido transformándose con el paso de los años, recogiendo aspectos antes relegados. En este sentido, las tradiciones, las expresiones orales o los sabores, por ejemplo, ahora son elementos que se deben contemplar a la hora de definir, preservar y difundir nuestro legado.

El presente número de *Km Cero* busca plasmar, a partir de miradas múltiples, uno de los rasgos más vivos y entrañables de nuestro patrimonio inmaterial: las manifestaciones musicales y, en un sentido más amplio, sonoras.

El Centro Histórico de la ciudad es un escenario en el cual hay presencia constante de diversas comunidades, cada una con sus modos singulares de manifestación musical, que naturalmente se han ido transformando con el paso de los siglos. En este número convocamos a músicos, preservadores de archivos, cronistas, escritores y melómanos para que nos transportaran por distintos capítulos de nuestra historia. Recorremos los primeros instantes del sincretismo musical, cuando el legado europeo se enriqueció con la música indígena; describimos los paisajes que pueden componerse a partir de la sonoridad de las calles del Centro; visitamos sitios que han acogido a músicos con propuestas variopintas; viajamos a plazas representativas, donde se dan la mano músicos que conservan la herencia precolombina con otros que representan los tiempos modernos.

Esperamos que esta lectura sea tan grata como el acto de sumergirnos en aquello que escuchamos.

Los editores

En portada:

Orquesta Típica de la Ciudad de México dirigida por Miguel Lerdo de Tejada. Cortesía del Museo Archivo de la Fotografía.



Escríbenos a kmcerorevista@gmail.com



/KmCero.CentroHistorico



@kmcerorevista



fideicomisocentroCDMX

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN
MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL
FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO.
AÑO 9, NÚMERO 105.
FECHA DE IMPRESIÓN:
27 DE JULIO DE 2017.

Miguel Ángel Mancera
Jefe de Gobierno de la CDMX

José Mariano Leyva
Director General del FOHOM

Miguel Rupérez
Director de Promoción y
Difusión del FOHOM

Jorge Solís
Director editorial

Laura A. Mercado
Diseño y formación

Miguel Á. Loredó
Diseño original

**Alejandra Carbajal, Gustavo Ruiz,
Javier Armas y Antonio Nava**
Fotografía

Patricia Elizabeth Wocker
Corrección de estilo

Yarelni Ávila
Community Manager

Montserrat Mejía
Asistente

Eunice Gamboa
Apoyo editorial

**Édgar Anaya Rodríguez,
Erika Arroyo, Gabriela Conde Moreno,
Boly Cottom, Atahualpa Espinosa,
Diana Fuentes, Eunice Gamboa,
Lyra Gastélum, Emilio Hinojosa
Carrión, Oriana J. C.,
Arturo Lazcano Botello, Emilio
Revólver, Santiago Robles Bonfil
y Carlos Villasana**
Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74,
segundo piso, colonia Centro, delegación
Cuauhtémoc, C. P. 06010
Teléfonos: 5709 6974 | 5709 7828 |
5709 8005

IMPRESIÓN: Comisa. General Victoriano
Zepeda 22, colonia Observatorio, delegación
Miguel Hidalgo,
C. P. 11860 · **Teléfono:** 5516 8586

Número de certificado de reserva
04-2016-04142402300-102



10 A fondo

Tradiciones sonoras del Centro



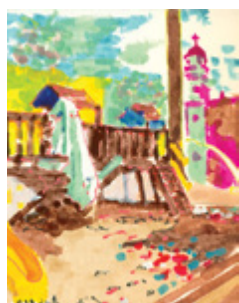
02 EpiCentro

El mercado Abelardo Rodríguez:
espejo de la modernidad



08 Voces

Esperanza Iris:
la diva, su teatro
y los cancioneros



Contraportada

El Centro ilustrado

Por Santiago Robles Bonfil

06 Instantáneas

38 Quehaceres

El barrio de cartón

42 CentrArte

Diego Rivera está vivo

44 Cartelera

48 Niños

Por Oriana J. C.



El mercado Abelardo Rodríguez: espejo de la modernidad

Uno de los primeros mercados que se construyeron en el periodo posrevolucionario muestra la envergadura del arte mexicano.

Un proyecto cultural integral

La década de los treinta del siglo xx fue un momento decisivo para la historia del país. Atrás había quedado, al menos formalmente, la etapa de los enfrentamientos y las batallas que sacudieron todo el territorio nacional durante la Revolución. Era el tiempo para dar estabilidad a la vida social, por lo que fue necesario definir el papel de las instituciones. Puede ser discutible en términos históricos y políticos todo lo que sucedió, pero debemos aceptar que en esta etapa se sembraron las bases para el desarrollo posterior de México, en particular durante el periodo que comenzó con la presidencia de Plutarco Elías Calles y que culminó con la del general Lázaro Cárdenas.

En este contexto hay que entender la importancia de un recinto como el mercado Abelardo Rodríguez –llamado así en memoria de quien fuera gobernador de Sonora, militar destacado y presidente interino del país–, y que anteriormente fue conocido como mercado del Carmen. Dicho mercado no sólo es un sitio destinado a la actividad comercial, sino que refleja los conceptos de seguridad social integral que estuvieron en boga por aquellos años y que siguen in-

fluyendo en la actualidad. Esto quiere decir que no solo se pensaba en levantar edificios para cumplir determinada función, sino en brindar varias posibilidades de crecimiento cultural en un tenor más amplio, lo que llevaría a la sociedad a entrar de lleno en la modernidad.

El mercado fue construido en 1934, en los terrenos que antes fueron ocupados por los jesuitas, que ahí edificaron el Colegio de San Gregorio. Se cuenta que en el huerto del colegio fue donde Manuel Tolsá realizó el fundido de bronce para la estatua ecuestre de Carlos IV, mejor conocida como «El Caballito». Está ubicado a espaldas del Antiguo Colegio de San Ildefonso, en la esquina de las calles Rodríguez Puebla y Miguel Alemán y al noreste está franqueado por el callejón de Girón. A su costado, del lado de Venezuela, se encuentra el Teatro del Pueblo, que forma parte del mismo proyecto, con un aforo para quinientas personas, una amplia galería con patio central y salones en los que la gente puede aprender distintos oficios y técnicas artísticas. La construcción se complementa con una pequeña biblioteca y una guardería, que aún se encuentra en funcionamiento.



Las expresiones pictóricas

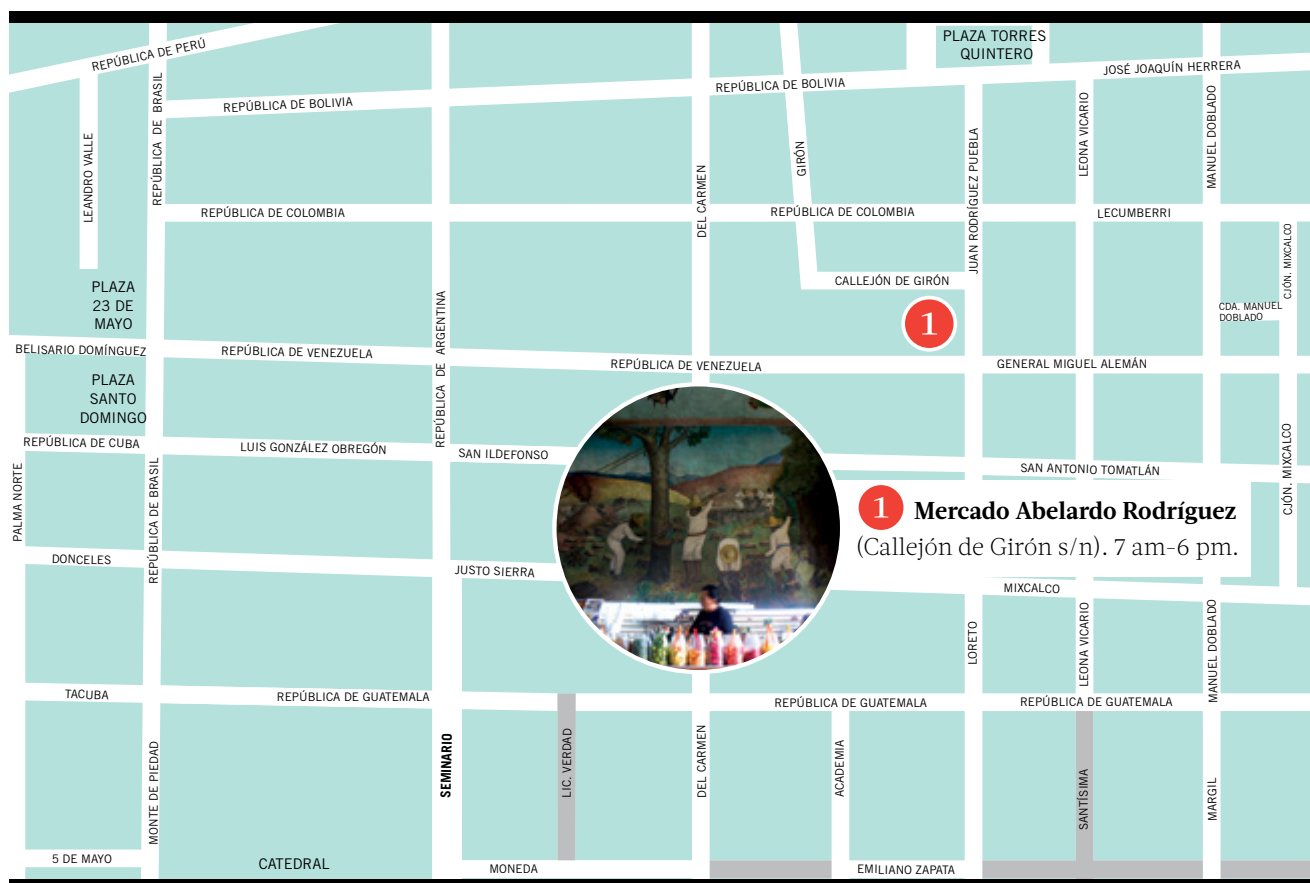
Caminar entre los pasillos de este mercado significa dejarse envolver por los pregones de quienes venden frutas, verduras y alimentos producidos al sur de esta ciudad, como el amaranto. Siempre es grato avanzar entre los puestos que ofrecen al paseante desde diversos tipos de carne y cereales hasta incienso, veladoras, amuletos de la suerte, hierbas para la medicina tradicional o juguetes, por ejemplificar algunas de las mercancías disponibles. Pero lo más singular es que pueden admirarse verdaderas obras de arte que fueron concebidas bajo la dirección de Diego Rivera, como si en cierto momento de la caminata fuéramos transportados a un auténtico museo viviente.

El proyecto inicial estuvo a cargo del arquitecto Antonio Muñoz y contemplaba un área de más de doce mil metros cuadrados. Desde su origen se destinó un espacio particular para albergar expresiones pictóricas. No hay que perder de vista que la escuela mexicana de pintura de aquel momento estaba centrada principalmente en el muralismo, por lo

tanto estaban en boga las discusiones sobre el arte público y su integración en la vida cotidiana de las personas como un elemento fundamental de la cohesión social e incluso de la propaganda y la educación. De hecho, los artistas eran jóvenes alumnos de Diego Rivera, quienes seguían sus pasos, así como las rutas abiertas por David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco.

Los muros, vestíbulos y escaleras fueron pintados por los mexicanos Ramón Alva Guadarrama, quien murió de cáncer poco después de concluir el mural, Ángel Bracho, Raúl Gamboa, Pedro Rendón y Antonio Pujol.

A ellos se sumaron las hermanas Grace y Marion Greenwood. Ellas habían llegado a nuestro país un par de años antes, después de haber vivido en Nueva York y París; en este tiempo habían forjado una amistad creativa con el grabador Leopoldo Méndez, así como con el pintor estadounidense Pablo O'Higgins, quien también realizó una obra en ese lugar. Además participó el artista estadounidense-japonés Isamu Noguchi, quien realizó un relieve de cemento y



ladrillo, en un área que actualmente funciona como Centro de Integración Juvenil.

Esta suma de trabajos refleja las inquietudes que por aquel momento se presentaban en el interior de la corriente muralista, abanderadas de un lado por Rivera y del otro por Siqueiros. Algunos de los jóvenes pintores eligieron técnicas más tradicionales, como la pintura al fresco y al temple, mientras que en el caso de Noguchi hay una búsqueda más cercana a la de las esculturas, al trabajar apoyado más en los volúmenes tridimensionales y el juego de sombras que en los colores y los trazos.

En todo caso, el mercado es representativo de una época en México y aunque quedan pocas señales de sus vestigios novohispanos, la sustancia histórica aún se siente en toda su magnitud al recorrerlo, sumergirnos en su barullo y contemplar la confluencia de búsquedas estéticas de los pintores de aquel momento, cuyas obras se han ido restaurando en los años recientes, como un esfuerzo de conservación del patrimonio cultural del Centro Histórico. 🍷

El mercado es representativo de una época en México y aunque quedan pocas señales de sus vestigios novohispanos, la sustancia histórica aún se siente en toda su magnitud al recorrerlo.

La imagen del día

Estar en una ciudad no es vivir totalmente en ella. Hay que transformarla caminando, hasta transferirle nuestra propia identidad.

Rebecca Solnit

Reflejo de una ciudad, Carlos Magnón.



Del cielo a la Profesa, Iván Vilgon.



Hacia el Zócalo, Rachel G. A.



Sin título, Brando López González.



El Centro del cielo, Karen Villar.



La torre, Omar de la Rosa.



Equinus resurrectus, Esteffanía Albarrán.



Entre Brasil y Honduras está Santa Cata, Erika Espinosa.



¿Quieres ver tu foto publicada como la
#ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Sólo manda tu fotografía del Centro Histórico
con un título a kmcerorevista@gmail.com
o a través de nuestras redes sociales.



Esperanza Iris: la diva, su teatro y los cancioneros

Texto e imágenes de Carlos Villasana
*Creador de La Ciudad de México en el Tiempo



ENTRE EL GRAN NÚMERO DE DIVAS ESPAÑOLAS QUE LLEGARON a México para ocupar un lugar relevante dentro del mundo del entretenimiento teatral, se abrió paso la *divetta* mexicana Esperanza Iris, quien inició su destacada carrera interpretando pequeños papeles en zarzuelas, y cuyo debut lo marcó la revista *La cuarta plana*, en 1899.

Luego de interpretar diversos roles protagónicos, Iris se consagró como la más importante cantante de operetas de la época, lo que le mereció el mote de la «Reina» de este género. Hábil para los negocios, la joven tabasqueña no tardó en incursionar en el mundo empresarial y en 1912 adquirió el antiguo teatro Xicoténcatl, ubicado en la calle de Donceles.

En 1918, la diva lo bautizó con su propio nombre y a partir del 25 de mayo de 1918 lleva el nombre de Teatro Esperanza Iris. «En él se cultivó la zarzuela y la opereta en sus primeros años de funcionamiento, ya que con el paso de los años, muchos autores revisteriles vieron estrenadas ahí sus mejores obras». (Fragmento extraído del libro *Las divas en el teatro mexicano*, de Pablo Dueñas).

Aquel México del teatro de revista y sus divas se encuentra plasmado en las tarjetas postales de la Compañía

Industrial Fotográfica. En ellas aparecía el retrato de la *tiple* predilecta del momento en diversas poses, generalmente promocionando alguna de sus obras. Dichas postales se vendían en diversos lugares públicos, incluidos los teatros, donde acudían los numerosos admiradores a que les autografiaran las actrices y actores su invaluable recuerdo.

De forma simultánea, salían a la venta las denominadas «tarjetas cancioneros», en las que aparecía la letra de la obra teatral junto con una imagen sobrepuesta del artista. «Las tarjetas cancioneros reciben una sólida acogida entre el gran público pues prolongan una tradición de fuerte arraigo popular cuyo gusto se finca en la existencia de tirajes variados, vistosos y económicos de cancioneros frecuentemente a lo largo de los últimos años del siglo XIX». (*Recuerdo de México. La tarjeta postal Mexicana 1882-1930*, escrito por Isabel Fernández Tello).

El recuerdo de la obra artística y empresarial de la Reina de la Opereta, Esperanza Iris, se refleja hasta nuestros días en la forma del Teatro de la Ciudad Esperanza Iris. Un viaje al pasado de nuestro hermoso México que llegó para quedarse. ☸



ESCUCHAR NUESTRA HISTORIA

Por Gabriela Conde Moreno

El concepto de «patrimonio cultural» es tan vasto que abarca la riqueza inmateral, como las fiestas, los ritos, las costumbres y los sonidos.

EL PATRIMONIO CULTURAL ES EL LEGADO DE UNA COMUNIDAD que se transmite a generaciones presentes y futuras. Etimológicamente, la palabra *patrimonio* viene del latín y significa «lo recibido por línea paterna», es decir, los bienes que heredamos de nuestros padres. Si extendemos el concepto, alude a todos los bienes que recibimos de nuestros ascendientes y que seguimos conservando.

Dada la creciente evolución en la vida social y económica de la humanidad y ante la amenaza de destrucción, deterioro o desaparición del patrimonio cultural, en 1972, en la ciudad de París, se efectuó la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural. La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (en inglés *United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization*, abreviado internacionalmente como Unesco) intervino para crear declaraciones y hacer que el patrimonio cultural y natural fuera no solo de una nación, sino de toda la humanidad. Así, la Unesco definió como patrimonio cultural de la humanidad al «conjunto de construcciones y sitios que tengan un valor histórico y estético, arqueológico, científico, etnológico o antropológico que debe preservarse».

En este contexto, en 1987 la Unesco declaró al Centro Histórico de la Ciudad de México como Patrimonio Cultural de la Humanidad. En esta área urbana se concentran tesoros arquitectónicos y culturales de gran importancia. Hablamos de casi mil quinientas construcciones, entre templos, museos, hoteles, galerías, centros culturales, teatros, etcétera. En los poco menos de diez kilómetros cuadrados del Centro Histórico de la Ciudad de México aún encontramos signos que nos permiten leer la historia prehispánica, novohispánica, insurgente y moderna de la nación.

Desde luego, el valor histórico y cultural de este espacio urbano no termina en los museos o los portentos arquitectónicos, sino que continúa en sus calles, en sus fiestas, en sus tradiciones culinarias y en la forma de vida que tienen las personas que lo habitan. Porque el patrimonio no solo se compone de edificios, objetos o documentos de otras épocas, sino también de ideas, conocimientos, representaciones del mundo, valores, costumbres y tradiciones. Se constituye por bienes perdurables, intemporales y simbólicos que significan algo específico para esa sociedad de acuerdo con sus creencias, su tradición y su identidad. Estos bienes no necesariamente son materiales. También son los conocimientos, las técnicas y las expresiones que distinguen a un grupo; la

manera que tiene una sociedad de entenderse a sí misma y de ser de una forma; el modo de expresar identidad, su forma de andar, de hablar, de cantar, de vivir la pena y la alegría. Las formas vivas en las que una sociedad encarna valores propios en el presente.

Por todo esto el concepto de patrimonio cultural se ha ampliado para referirse también a las lenguas, a la música, las costumbres, las expresiones de las culturas populares, las tradiciones, las prácticas artesanales, el acervo intelectual, filmico y fotográfico, entre otras manifestaciones creativas de un pueblo. Se habla, en estos casos, de patrimonio cultural intangible de la humanidad.

Este no tiene menor importancia que el material, tangible o visible; al contrario, se complementan mutuamente, pues sin el aporte que el patrimonio inmaterial brinda en cuanto a identidad, evocación y memoria ni siquiera podríamos aquilatar la importancia del material.

Quienes habitan el Centro Histórico expresan su singular manera de estar en el mundo a través de los sonidos de sus calles, de la música y las tradiciones orales. Estos sonidos diversos y ricos en significado festivo, vital, productivo nos cuentan historias que se han transmitido de generación en generación. La colectividad de cada calle muestra rasgos fundamentales que los identifican a través de sus expresiones sonoras, de sus ritmos peculiares y sus ruidos distintivos. Estos modos de expresión se relacionan con oficios, conocimientos, saberes artesanales, ritos, fiestas, formas de alimentarse, trabajar, celebrar y jugar.

El patrimonio cultural inmaterial de un pueblo se nutre y cambia con el presente y así va construyendo el legado para las generaciones futuras. Es un tesoro sensible y vulnerable que se transforma con los procesos históricos y sociales de la comunidad. Ahora tenemos formas de preservarlo: se puede filmar, fotografiar, registrar en audios y transmitir. Sin embargo, la manera de conservación principal es que los habitantes lo reproduzcan día a día, lo vivan, se integren con él.

Los intangibles han nutrido toda la historia urbana. Y nuestro Centro Histórico también se funda sobre sus laberintos auditivos: en la esquina en la que un organillero toca una melodía melancólica mientras un grupo de turistas conversa animadamente y un hombre con un canasto sobre su bicicleta grita «pan de dulce, pan de sal». Aprender a escucharlos es encontrar una nueva forma de conocer nuestra historia. 🍷

A fondo



LOS ECOS DE NUESTRAS CALLES

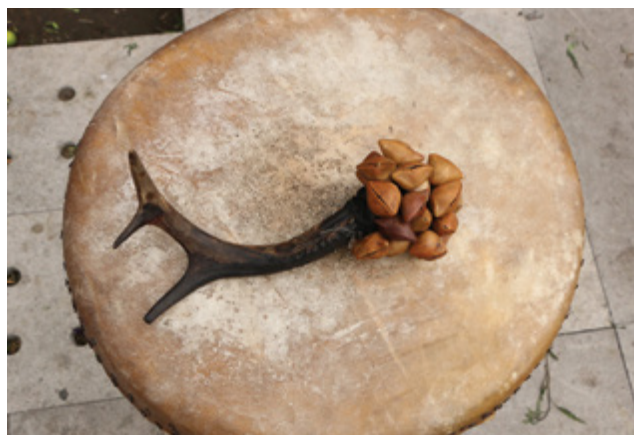
Por Diana Fuentes

El legado musical del Centro permite experimentar distintas épocas de nuestra historia recorriendo unas pocas calles.

ENTRE LOS MUCHOS SONIDOS QUE INUNDAN LA CIUDAD de México, existen algunos que son característicos de su Centro Histórico. Para cualquier paseante del primer cuadro o de las calles aledañas resultan familiares las voces que salen de las bocinas anunciando descuentos o los estallidos repentinos, propios de los muchos oficios que aquí se desempeñan. Con el rumor cotidiano conviven también las risas, los gritos y las tonadas de algún trío o de un cancionero solitario que se asoma por las puertas de las cantinas y desaparece tan veloz como los persistentes cláxones de los coches.

En medio de todo ese barullo, existen ciertos personajes cuyos sonidos conforman la identidad de estos sitios y poseen una atmósfera peculiar; presencias que han sobrevivido al paso del tiempo, a los profundos cambios de gustos e incluso al abandono o el olvido. Hablamos de los «concheros» –como conocemos a los grupos danzantes–, de los organilleros y de los grupos musicales que forman parte del paisaje de ciertas calles. Se podría pensar que nada tienen en común, pero ¿acaso no son buenos ejemplos de la resistencia de nuestras tradiciones y de nuestra inagotable capacidad de recrearnos mediante la imaginación musical?

Ciertos personajes
aportan sonidos
para conformar la
identidad de los
sitios con su
atmósfera
peculiar.



Como si los distintos momentos de nuestra historia nacional se apelmazaran en un mismo escenario, basta con andar por Cinco de Mayo, Madero, Motolinía o el callejón de Gante para escuchar los ecos del mundo mexica, las apaciguadas notas del México del siglo XIX o un par de buenas piezas de rock o salsa que nos invitan a bailar ahí mismo. Así, al acercarnos a las inmediaciones de la plaza Manuel Tolsá o hacia la Catedral Metropolitana escucharemos el característico ritmo retumbante que nace del *huéhuetl*, el antiguo tambor mexicana elaborado tradicionalmente con madera y piel de ocelote; o el *teponaztli*, hecho con un tronco ahuecado que se coloca de forma horizontal para que resuene mejor. Los ciudadanos

**Basta recorrer
algunas de las calles
principales del Centro
para que nos inunden
sonidos del mundo
prehispánico y
moderno al mismo
tiempo.**

conocemos bien el característico golpeteo de estos instrumentos, acompañados por las semillas de los *ayacaxtli* que se escuchan al ser agitados por las manos de los danzantes; sonidos que inundan el renovado espacio de la Plaza Seminario cuando se camina hacia el Templo Mayor desde la Plaza de la Constitución. Tal vez al transitar por ahí lo que escuchamos sea la danza del Venado o la del Águila blanca, aunque eso sólo lo distinguen con claridad los oídos conocedores. Para la mayoría, lo más vistoso serán las plumas, a veces de gallo, de avestruz o incluso artificiales, con las que los danzantes adornan sus penachos, además de las rodilleras, las muñequeras y los pectorales. Los rostros pintados y los



atuendos que en ocasiones asemejan a los guerreros Águila o Jaguar son los elementos que dan vista al baile, mientras el olor del copal se eleva desde los sahumerios.

Los organilleros, en cambio, suelen andar en parejas. Uno de ellos hace sonar el organillo mientras su compañero o compañera pide una cooperación a los paseantes. Sus instrumentos se fabricaban en Alemania y llegaron a México hacia fines del siglo XIX, en especial los fabricados por la casa Wagner y Levien, a través de migrantes que rentaron más de dos centenas de organillos. Estos dejaron de producirse hacia 1930, por lo que su mantenimiento resulta complicado. Con todo, diariamente los organilleros, que en algunos casos llevan décadas cargando los cincuenta kilos que pesa su instrumento, hacen sonar el cilindro de metal con la manivela; esta, manipulada al ritmo adecuado, nos otorga sus melodías impregnadas de tonos nostálgicos.

Un dato curioso es que el típico uniforme café claro que utilizan fue tomado de Los Dorados, el ejército de Francisco

Villa. Así, el mundo que llegó con la pretendida modernidad del siglo XIX, y que ahora pareciera casi extinto, sigue sonando entre los espacios de nuestra ciudad.

Pero si de modernidad se trata, conocidos grupos de invidentes, como los Merino Musical, amenizan con sus voces y acordes el espacio que rodea la salida del metro gracias a pequeños amplificadores, teclados, guitarras eléctricas y micrófonos. Si uno camina por Motolinía, donde impera la oferta de material hospitalario y de lentes de todo tipo, podrá escuchar algún éxito tropical, una emblemática canción de los Beatles o alguna cumbia. La calidad de los intérpretes es tal que decenas de visitantes se detienen un rato a gozar de la tocada. Son los músicos ideales para una ciudad en la que un buen baile nunca sobra.

Así que la próxima vez que escuchemos los tambores mexicanos, las notas de La Bikina a través de un organillo o nos detengamos a disfrutar del talento de las bandas de invidentes, no hay que «ser músicos» y ayudemos a que estos oficios sigan recreando con sus acordes nuestro espacio vital. 🍻



ALGUNAS COSTURAS SONORAS DEL CENTRO HISTÓRICO

Por Erika Arroyo

En la escucha se dan la mano la memoria personal
con la colectiva, dignas de ser recorridas como las
calles con las que se identifican.



Aquel sonido mecánico que me resultaba fascinante brotaba en mi memoria al pasar por esos lugares de compras, a veces encontraba a algún encargado interpretando en vivo esa sinfonía maquinal ante posibles clientes.

LA PRIMERA VEZ QUE FUI AL CENTRO LO HICE A TRAVÉS de las palabras de mi abuela. Entre los golpes que la aguja de su máquina de coser daba sobre uniformes escolares en ciernes y pantalones en el proceso de ser remendados, nos contaba acerca de sus restaurantes y cafés favoritos cuando trabajaba en un taller de costura cercano a la farmacia París, de las empleadas que la atendían en la perfumería ubicada en Tacuba donde surtía el *shampoo* y, cuando los pendientes no le permitían ir personalmente, encomendaba a mis primas más grandes conseguir hilos, telas, cierres y refacciones para su inseparable instrumento de trabajo en las mercerías y tiendas de República de Uruguay, Correo Mayor y República del Salvador.

Sentada en el piso, veía cómo empujaba el pedal y escuchaba de cerca los giros de la correa y la bobina; pasé veranos de mi infancia tomando nota de algunas de esas rutas que años más tarde me empecé en conocer personalmente. Aquel sonido mecánico que me resultaba fascinante brotaba en mi memoria al pasar por esos lugares de compras, a veces encontraba algún encargado interpretando en vivo esa sinfonía maquinal ante posibles clientes del corte y la confección.

Ahora recorro esos lugares por mi propio pie, para hilvanar, en una cartografía sonora que comenzó al pie de aquella máquina de coser, mis hallazgos y los que ella compartió.

Cada oficio y profesión genera sus rumores particulares y, en conjunto, crean un gran tejido sonoro.

Enhebrar

Los gritos de los vendedores de frutas y verduras y los tijeretazos de los polleros y carniceros se escapan por las puertas del mercado de San Juan acompañando a quien transita sobre Ernesto Pugibet, se funden con el rumor electrodoméstico de Luis Moya, las ofertas de calentadores que de altavoz en altavoz habitan Ayuntamiento, el regateo en algún local de lámparas de Victoria o la cuadrilla de voceadores que ronda Artículo 123.

Juárez es una caja de hilos con una gama de estridencias que va desde Reforma rumbo a Eje Central. Cerca de lo que fue el hotel Bámer, los tatuadores y *hostess* de los bares y restaurantes invitan a los turistas a pasar a sus negocios; los *covers* a los Beatles, El Tri, Eric Clapton y Nirvana conviven, a menos de dos metros de distancia, con los grandes éxitos de la balada romántica, uno que otro organillero, escenas de películas en un local de DVD, las inconfundibles bofetadas a las paredes que los vendedores de manitas de goma dan cuando ven pasar a chicos y grandes, y algún danzón o cuentachistes que se cuela desde la Alameda.

La caótica madeja se extiende sobre Madero, donde además es posible encontrar botargas e imitadores de superhéroes intentando convencer a los niños de que es una buena idea estar ahí, rodeados de un mar de gente que se detiene exactamente en los mismos puntos: tiendas de ropa y calzado que prometen rebajas, graduación exprés de lentes, joyas y heladerías.

Zurcido audible

Las zapatillas y zapatos de los oficinistas se ensartan en las banquetas de 5 de Mayo, Bolívar, Donceles y 16 de Septiembre, junto a los «tres tacos por quince pesos», «cincuenta por ciento de descuento en mochilas y petacas», «el mejor calzado deportivo» y «¿qué compra, qué vende?» de Palma, Venustiano Carranza, Isabel La Católica y Monte de Piedad, calle que continúa por República de Brasil, pasando a un costado de uno de los campanarios de la Catedral, donde se encuentran adivinos y videntes, guías de turistas, sastres especializados en trajes de primera comunión y plomeros, electricistas y albañiles que aguardan la llegada de algún cliente, rodeados de ecos prehispánicos y silbatos de tránsito.

Es este el preámbulo a una serie de recitales acerca de facturas, títulos e invitaciones, juguetes al mayoreo, tiaras de quinceañera y disfraces que continúa hasta Eje 1. En sentido opuesto, cruzando el Zócalo hacia Izazaga para convertirse en 5 de Febrero, conduce al paraíso de las flores de plástico, talabarterías, agujetas, artículos de papelería, ropa interior, bisutería, vestidos de noche e instrumentos musicales, equipo de audio y estrobos. 20 de Noviembre es atravesada por el bullicio de Mesones y República de Uruguay, y el espíritu *high energy* de República del Salvador que reverbera más allá de Academia para tejerse en punto de cruz con el klezmer de la sinagoga Justo Sierra y las campanas de las bicicletas que se venden como pan caliente en San Pablo.



Doblado e hilachas

A un ritmo vertiginoso se propaga la música entre las rocolas de las aún turísticas cantinas de República de Cuba, las cuales van creando pliegues que ahogan el silencio de calles con bodegas de muebles, estacionamientos y restaurantes con menor popularidad, para saltarse durante el día a La Lagunilla o el mercado San Camilito y por la noche a Garibaldi, punto de encuentro de decenas de mariachis, tríos norteños y tríos huastecos que deambulan por la plaza, afuera del Tenampa, afinando sus instrumentos y voces mientras otros tantos, entre gritos y peticiones, tocan simultáneamente canciones, a veces distintas, a veces las mismas, entre las mesas.

Ese paisaje abrumador y disonante, donde en ocasiones remato mis expediciones, se parece a las ruidosas exploraciones de Yasunao Tone o Aaron Dilloway, y me recuerda a la potencia con la que cosía la abuela, haciendo vibrar el piso y controlando la intensidad del sonido con la aguja y el hilo. 🌐

— — ESCUCHA LOS SONIDOS DE ESTE ARTÍCULO

Los estudiosos de la ecología acústica definen un paisaje sonoro (*soundscape*) como el conjunto de elementos auditivos que nos rodean. Te invitamos a escuchar grabaciones de nuestras calles en **soundcloud.com/user-965173932**



LA ORQUESTA TÍPICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO: NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL

Por Bolfy Cottom

Una valiosa muestra de sincretismo musical
presente desde hace más de ciento treinta años.

Coordinación del artículo: Gustavo Rangel / Secretaría de Cultura de la Ciudad de México.

¿CUÁNTAS VECES HEMOS ESCUCHADO HABLAR DE «patrimonio cultural»? Es probable que o no sepamos de qué se trate o simplemente esas palabras no nos digan nada especial, pero seguramente con Teotihuacán, Templo Mayor, Palacio Nacional o Catedral Metropolitana sea distinto: es probable que no sólo identifiquemos estos referentes, sino que incluso los conozcamos y sepamos en dónde se encuentran, así como su significado. Esto es el significado del patrimonio cultural en la vida cotidiana: se trata de aquello que nos revela algo de nosotros mismos o de otros pueblos y que ha logrado sobrevivir al paso del tiempo; es lo que conocemos, valoramos y, por tanto, cuidamos; luchamos por preservarlo, pues es un documento de nuestra vida como pueblo, ciudad o país y perderlo sería igual que arrancar la página de un libro y tirarla a la basura.

Al perder el patrimonio cultural, extraviarnos una parte de nuestra historia y, con ello, las nuevas generaciones no tienen la oportunidad de conocer a quienes les precedieron y saber de sus orígenes; en consecuencia, se les niega una parte de ellos mismos.

Casi a finales del siglo XIX –en 1884, para ser precisos– Carlos Curti, un gran maestro inmigrante italiano que había llegado a Estados Unidos y luego a México, fundó una agrupación musical llamada Orquesta Típica de la Ciudad de México (OTCM). Esta ha sido considerada la «madre de las orquestas en México», al ser la primera en nuestro país que llegó a institucionalizarse. Carlos Curti fue el gran impulsor de la inclusión de la mandolina en la música norteamericana de aquella época y en México tuvo gran influencia musical. La agrupación que creó fue considerada por un estudioso de los compositores mexicanos¹ como la precursora de los grupos de mariachis en México, incluido el traje de charro.

La importancia de la orquesta típica radica en que ha propiciado la fusión musical de los instrumentos clásicos con los instrumentos típicos (por ejemplo, el *teponaztli*, el *huéhuetl* y el salterio). Ha interpretado música mexicana y música popular universal, con arreglos especiales de compositores de los siglos XIX y XX,

La importancia de la orquesta típica radica en que ha propiciado la fusión musical de los instrumentos clásicos con los instrumentos típicos (por ejemplo, el *teponaztli*, el *huéhuetl* y el salterio).

realizados expresamente para la orquesta, con lo que se ha forjado una especie de «prototipo musical mexicano». Así, en el amplio repertorio de la OTCM hallamos partes de óperas (marchas, oberturas, fantasías) y otros géneros, como valeses, polkas, mazurcas o huapangos y sones, entre otros.

La Orquesta Típica de la Ciudad de México es heredera, a su vez, de una larga tradición musical. Esta inicia en el siglo XVI, cuando fray Pedro de Gante creó en Texcoco la primera escuela de música, en el año de 1524, así como con los aportes de compositores y músicos viajeros que llegaron a la Nueva España y difundieron estilos y formas musicales de varias regiones del viejo continente, como el canto gregoriano, los motetes, el madrigal, la cantiga, el villancico y la sonata. Durante el Porfiriato se vuelve notoria la influencia europea del siglo XIX, sin dejar de lado la importancia de las bandas marciales. Cuando llega el contexto del movimiento revolucionario, los corridos adquieren una gran popularidad. Podría afirmarse que estas etapas de la historia musical mexicana fueron las bases para construir un nacionalismo, que fue impulsado por el gran compositor mexicano Manuel M. Ponce durante la administración del gran secretario de Educación Pública José Vasconcelos.

¹ CASTILLO Manuel. (2014). "Obras italianas y españolas de compositores mexicanos: María Grever, Ignacio Fernández Esperón 'Tata Nacho', y Agustín Lara". *La Universidad de Kentucky UKnowledge, Tesis y Disertaciones, Música*. La Universidad de Kentucky: 20. Consultado el 8 de septiembre del año 2015. La Orquesta Típica es la predecesora de los mariachis y es la misma orquesta que Tata Nacho dirigió entre 1960 y 1968.



La noche del 3 de noviembre de 1884, la entonces recién creada Orquesta Típica de la Ciudad de México engalanó con su participación el inicio de actividades en el Salón del Zócalo "Elíseo", que el ayuntamiento instalaba cada año en el corazón mismo de la capital.



La razón de ser de la Orquesta Típica de la Ciudad de México coincide con la de las agrupaciones vernáculas que existen a lo largo del continente latinoamericano, diversas en su organización y repertorios, pues adoptan singularidades instrumentales y musicales de sus lugares de origen. A lo largo del siglo xx, las distintas orquestas de nuestro país han empleado instrumentos propios de cada región, como la marimba, el timbal yucateco, las percusiones de tradición prehispánica, el guitarrón, la guitarra quinta huapanguera, las guitarras sexta y séptima, la vihuela, las jaranas, arpas y mandolinas, y los bandolones y salterios, junto a las familias de instrumentos sinfónicos, es decir, las dotaciones de cuerdas frotadas (violines, violas, violonchelos y contrabajos), alientos de madera (flautas, oboes, clarinetes y fagot), alientos de metal (trompetas, trombones, tuba y cornos) y percusiones (platillos, crócalos, triángulo y pandero, entre otras).

En el caso de la OTCM cabe destacar el coro integrado por sopranos, mezzosopranos, contraltos, tenores, barítonos y bajos. Desde luego, la orquesta no se entendería

sin la larga lista de sus directores, entre ellos Carlos Curti y Juan Velázquez, así como Miguel Lerdo de Tejada, Ignacio Fernández Esperón «Tata Nacho», Félix Santana, Sergio Eckstein Ugarte y Jesús Galarza.

El 21 de enero de 2011 se publicó en la *Gaceta Oficial del Distrito Federal* la Declaratoria de la Orquesta Típica de la Ciudad de México como Patrimonio Cultural Intangible de la Ciudad, un acuerdo del entonces Jefe de Gobierno Marcelo Ebrard, quien tuvo el aval de la consejera jurídica Leticia Bonifaz, de la entonces secretaria de Cultura, Elena Zepeda, y, desde luego, del Consejo de Fomento Cultural de la Ciudad de México. Este hecho significó el reconocimiento formal por parte del Estado mexicano, representado en este caso por el Gobierno de la Ciudad de México, a una institución musical con más de ciento treinta años de existencia.

Dicha acción fue la culminación de una larga lucha por el reconocimiento de aquella organización musical. Estos esfuerzos se habían iniciado en 1994, cuando varios miembros de dicha orquesta demandaron al entonces presidente Carlos Salinas de Gortari reconocer la labor musical reali-



zada y contribuir con su preservación, pero dicha demanda nunca fue atendida por el Gobierno Federal. Con el paso de los años, los nuevos integrantes retomaron la lucha de los mayores y se dedicaron de manera sistemática y rigurosa a buscar el reconocimiento de su aporte como Patrimonio Cultural Intangible.

Entrado ya el siglo **xxi**, se había avanzado considerablemente en el reconocimiento de las demandas ciudadanas respecto de su patrimonio cultural. Sobre esa base, una larga lista de miembros de la comunidad académica y artística de la Ciudad de México, a los que se sumaron los propios miembros de la Orquesta Típica, solicitaron a la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad que dicha institución fuera declarada como Patrimonio Cultural Intangible de la Ciudad, de acuerdo con las facultades que la propia Constitución, el estatuto de Gobierno del Distrito Federal y la propia Ley de Fomento Cultural del Distrito Federal le concedían al Gobierno local. Así se presentó un hecho inédito, pues no se había otorgado un reconocimiento de esta naturaleza a ninguna institución musical, ni en nuestro

país ni internacionalmente. Las conocidas declaratorias de patrimonio de la humanidad se han centrado, sobre todo, en danzas o algún género musical, como la *pirekua* y el *maria-chi*, incluso suelen considerar el arte culinario o la fiesta del Día de Muertos, pero no una institución musical específica.

El trabajo historiográfico de investigación que acompañó aquella solicitud ciudadana fue realizada por la lingüista Yasbil Mendoza, el biólogo Mariano Herrera, la trabajadora social Mónica Corona y la maestra Odette Waller, todos ellos con una formación musical profesional y miembros de la orquesta. Además, otros integrantes de gran trayectoria se sumaron a la causa y facilitaron los documentos gráficos que aparecen en el expediente técnico de la declaratoria. El dictamen fue elaborado por los maestros Samuel Maynes, Karl Bellinghausen (†) y quien esto escribe. Los dos primeros son destacados personajes de la música clásica y de la historia de la música, respectivamente, maestros del Conservatorio Nacional y con amplio conocimiento de la Orquesta Típica; en mi caso, tuve la fortuna de asesorar todo el proceso de investigación.



Foto: cortesía de la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México.



El 17 de julio de 1928, mientras la Orquesta Típica interpretaba la canción «El Limoncito», el general Álvaro Obregón fue asesinado a tiros por José de León Toral en el restaurante La Bombilla, al sur de la Ciudad de México.

Así, nuestra Orquesta Típica de la Ciudad llegó a ser patrimonio cultural, entre otras, por las siguientes razones: 1) es parte de nuestra historia musical nacional y de la ciudad; 2) representa un vínculo entre nuestro presente y nuestro pasado institucional artístico; 3) a lo largo de su existencia ha educado artísticamente a muchas generaciones de habitantes de la ciudad, el país y el extranjero; y 4) su música ha sido y es una muestra del talento creativo, de respeto y tolerancia entre nuestra nación y otros pueblos, lo que ha permitido apreciar el aporte de grandes músicos provenientes de otros países. Por estos motivos, tiene un significado de trascendencia tanto educativo, de transmisión de valores histórico-musicales, como de una conciencia nacionalista que refleja la creatividad de sus compositores y ejecutantes, lo cual en un tiempo de banalidades globalizadoras –pero también de intolerancias racistas y fundamentalistas– cobra mucho sentido y valor.



Este 2017 la OTCM cumple ciento treinta y tres años de vida, y es interesante ver cómo, en medio de nuestros problemas de violencia, inseguridad e incertidumbre económica, entre otros, podemos encontrar señales de esperanza y alegría, que se expresan en iniciativas como la del arquitecto Gustavo Rangel, miembro del coro de la OTCM, quien junto con otros colegas ha realizado gestiones para difundir y hacer aún más visible el valor de esta institución musical. Afortunadamente, han encontrado eco en servidores públicos de la Secretaría de Cultura de la actual administración, como el secretario Eduardo Vázquez, la coordinadora interinstitucional, maestra María Cortina, y la coordinadora de Patrimonio Cultural, maestra Gabriela López.

Pero tales acciones serán vanas si no nos involucramos como habitantes de esta gran Ciudad de México y acudimos a escuchar esta extraordinaria agrupación musical, para disfrutar de sus interpretaciones y de los recintos en donde se presenta, así como conocer más de su historia. Aquí no encontramos límites, pues a sus conciertos asisten familias

enteras sin distinción alguna. Después de todo, en la medida en que nos relacionamos y nos apropiamos de nuestras instituciones, nos convertimos en los responsables de conservar nuestro patrimonio cultural.

El concierto de aniversario de la OTCM se llevará a cabo el 20 de agosto, a las 17:00 horas, en el Teatro de la Ciudad Esperanza Iris, bajo la dirección del maestro Luis Manuel Sánchez Rivas, director artístico, y del maestro Salvador Godofredo Guízar Murillo, director del coro. Dicha ocasión es perfecta para reafirmar el valor de nuestro patrimonio cultural, y para ofrecer un reconocimiento al maestro Karl Bellinghausen, quien falleció hace apenas unas semanas y fue uno de los impulsores para que el trabajo de la OTCM fuera reconocido como patrimonio cultural de la ciudad. 🌐

Las fuentes fundamentales para la elaboración del presente texto fueron el Expediente Técnico para la Declaratoria de la Orquesta Típica de la Ciudad de México, elaborado por Odette Waller González, Yasbil Y. B. Mendoza Huerta, Mariano Herrera Castro y Mónica Corona, Ciudad de México, 2011; y Orquesta Típica de la Ciudad de México, patrimonio cultural intangible de la Ciudad de México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, México, 2012.



LA TRADICIÓN DE LOS MAESTROS DE CAPILLA Y LA PRIMERA HUELGA DEL PAÍS

Por Emilio Hinojosa Carrión

El encuentro entre los cánones musicales europeos y las tradiciones indígenas brindó la base para un mestizaje sonoro único que vale la pena visitar.

«El empleo del “don” honorífico con el nombre del autor nos señala que se trata de un compositor indígena, pues solamente caciques indígenas y los inmigrantes españoles con el rango de oidores y otros aristócratas podrían usar el nombre de “don” en el México del siglo XVI».

–Robert Stevenson

Los maestros de capilla

Como tantas otras cosas de nuestra cultura, las bases de lo que entendemos ahora como «música mexicana» se gestaron en su mayor parte durante la época del virreinato. En aquel momento las tradiciones europeas florecieron sobre el riquísimo y vasto terreno del legado indígena, que de por sí era sumamente diverso y prodigioso en casi cada renglón que los historiadores, antropólogos y arqueólogos han documentado para nuestra fortuna: vestimenta, gastronomía, ceremonias religiosas, organización política, conocimiento astrológico y técnicas militares, entre otros.

Y uno de los primeros y más fascinantes capítulos de esta manifestación cultural lo hallamos con el papel que desempeñaron los llamados «maestros de capilla». Se trataba de un gran cargo honorífico y sus responsabilidades eran muchas, básicamente eran responsables de todos los asuntos relacionados con la música en determinado templo de importancia, como la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México. Debían responder a muchas actividades: desde dirigir el coro y los ensambles para cada misa, encargarse de los ensayos, reclutar a quienes cantarían durante los oficios e incluso componer las obras que se tocaban en las celebraciones clericales, particularmente

en las misas. De acuerdo con la envergadura del recinto en el que trabajaban, los maestros de capilla también podían comisionar composiciones a otros músicos y maestros de capilla en diferentes regiones de la Nueva España.

Para obtener el cargo era indispensable ser valorado y que el aspirante mostrara un gran dominio de sus cualidades musicales. Para ello se realizaba un riguroso y largo examen, que duraba varios días. En estas jornadas, debían resolverse ejercicios teórico-musicales, mostrar conocimientos de armonía y contrapunto, así como amplia pericia en el manejo de los ritmos. Uno de los desafíos más complicados consistía en hacer «un motete polifónico sobre un *cantus firmus* y un villancico “de precisión”». Esto

quiere decir que se le daba al aspirante algún texto utilizado en las misas, y las sílabas del texto –dotadas de significación musical: do, re, mi, fa, etcétera– debían corresponder con las notas en una partitura.

Para entender mejor el gran conocimiento y talento que estaban en juego, el musicólogo J. J. Estrada afirma que «el maestro de Capilla tiene que ser un compendio de la ciencia musical, de tal suerte que lo que un músico ignore, el maestro debe saberlo y el que otro lo sepa, el maestro no lo ignore...».

Las tradiciones europeas florecieron sobre el riquísimo y vasto terreno del legado indígena, que de por sí era sumamente diverso.

Hernando Franco

El primer maestro de capilla de la antigua Catedral de México fue Juan Xuares, quien desempeñó el cargo de 1538 a 1556; luego lo sustituyó Lázaro del Álamo, que en 1570 cedió su puesto a Juan de Vitoria. Este último lo heredó a Hernando Franco en 1585.

Franco ha sido reconocido como el primer compositor «mexicano». Llegó a la Nueva España en 1554, a la edad de veintidós años, y viajó a la Catedral de Guatemala, donde se desempeñó como maestro de capilla. Volvió a la capital de la Nueva España en 1585 y le otorgaron el mismo título en la Catedral Metropolitana, el cual conservó con muchos exabruptos hasta su muerte. Su maestría y técnica son reconocidas internacionalmente y requieren especial atención su polifonía y su interés natural por el sincretismo. Llevó la actividad musical de la catedral a un punto tan importante que su aporte fue comparado con el de las mejores capillas del viejo continente.

La música de Hernando Franco fue redescubierta hace relativamente poco, pues se creía perdida. Se conocen hasta ahora tres misas breves, dieciséis versiones del Magnificat, unas Lamentaciones y una veintena de motetes que incluyen dos versiones del Salve, toda música religiosa, como es natural por la función que realizaba. Este eminente polifonista puede ser comparado con los mejores de su época, como Tomás Luis de Victoria, Giovanni Pierluigi da Palestrina, Orlando di Lasso o John Dowland, entre otros.

Sincretismo musical

Fray Bernardino de Sahagún creó el Colegio de Tlatelolco, colindante al Zócalo, una escuela donde se enseñaba a los indígenas las técnicas del canto llano y la notación musical. Fue un intento evangelizador que siguió los pasos de la primera escuela de música del continente, creada en Texcoco por el franciscano don Pedro de Gante, cuya memoria se conserva gracias al nombre de una calle de nuestro Centro Histórico. Varios de quienes pasaron por dicha escuela, sobre todo indígenas nobles, se formaron como músicos y muchos de ellos llegaron a la orquesta o el coro de la Catedral Metropolitana a cargo de don Hernando Franco.

Existe aún un debate sobre si la pieza *Dios Itlazohnantziné* es realmente de la autoría de Franco, pero de lo que no cabe duda es que se trata de una de las primeras manifestaciones del sincretismo musical, pues es una cantata que reúne las formas canónicas europeas con un libreto para ser ejecutado por músicos en idioma náhuatl.



**Durante
el siglo XVI se
fusionaron los
lenguajes musicales
europeos con cantos
nahuas.**



En aquellos días, Franco fomentó que se escribieran misas con los cantos traducidos al náhuatl y a otras lenguas indígenas, un ejemplo prácticamente único en el mundo novohispano. Mediante esta estrategia se logró consolidar una capilla fructífera y asidua de nuevos adeptos, de músicos y cantantes indígenas que tocaban tanto instrumentos europeos como autóctonos, pues ejecutaban con naturalidad tanto los violines como las chirimías, por ejemplo.

Los testimonios sobre don Hernando lo pintan como una persona temperamental, de carácter solidario, un músico aguerrido y fiel a sus principios. Y esto lo muestra un episodio que algunos no dudan en tildar como la primera huelga de la Nueva España.

En 1582 llegó la orden de la Corona para que los salarios de los músicos de la catedral fueran reducidos a la mitad; bajo el pretexto de no estar en condiciones de seguir manteniéndolos y de que sus servicios no valían para tanto, quisieron ajustarles el sueldo de seiscientos a trescientos pesos oro.

Para oponerse al injusto recorte salarial, el 6 de julio de 1582 los músicos encabezados por Franco realizaron un

paro laboral conocido como las «gargantas calladas» y se negaron a cantar, a enseñar en el coro y a cumplir los deberes generales de un maestro de capilla.

Tal fue la fuerza del grupo de músicos que el arzobispo intervino prometiéndoles nivelar su salario, «pues que en la flota que se aguardaba vendría la merced de los dos novenos que estaba suplicando a su Majestad fuese servido hacer limosna a esta Sta. Iglesia» (Eloy Cruz, *De cómo una letra hace la diferencia*). Así se saldaron los adeudos contraídos y se reinstauró la relación.

Don Hernando Franco asumió que su papel no solo estaba frente a las partituras, pues su labor ayudó a forjar comunidad con los habitantes indígenas y a defender los derechos de los suyos. Fue uno de los grandes artistas, junto con don Manuel de Zumaya, don Ignacio de Jerusalem y Stella o la propia sor Juana Inés de la Cruz, quien también realizó composiciones musicales. Todos ellos brindaron un patrimonio sólido para estos tiempos, a los que habrá que acercarse y estudiarse, pues hay mucho que aprenderles a ese puñado de grandes de todas las épocas. ☸



LA PLAZA GARIBALDI

Por Atahualpa Espinosa

Con un pasado que se remonta varios siglos atrás,
este recinto sigue siendo considerado mundialmente
como un emblema de nuestra música vernácula.

LA VIDA EN ESTA CIUDAD PUEDE SER EXTENUANTE EN muchos sentidos. Pero todo cambia al entrar a la Plaza Garibaldi, especialmente en sus noches. Funciona como centro de reunión desde épocas virreinales y fue conocida con los nombres de Plazuela Jardín, El Baratillo y Plaza de Santa Cecilia –la patrona de los músicos– hasta que en 1921 se le dio su nombre en honor al unificador de Italia, quien vino a México a pelear al lado de las fuerzas encabezadas por Francisco I. Madero.

En este sitio se conjugan muchas energías, pero el medio por el que todas se propagan es la música. A ella le debe este lugar su vida, desde hace casi un siglo. También a la inversa: el género popular que más la caracteriza, el mariachi, solidificó su reputación al interior de su perímetro.

Cuando esta música no era más que un fenómeno local jalisciense, el fundador del Tenampa, una cantina que por entonces apenas empezaba a atraer a algunos curiosos, decidió que en ese lugar los capitalinos encontrarían los encantos de la música local de su pueblo, Cocula, reputado como «la cuna del mariachi», aunque investigadores como el antropólogo Jesús Jáuregui han aclarado que los orígenes y la evolución de este fenómeno han sido más complejos.

Juan Indalecio Hernández Ibarra comenzó a invitar a los primeros conjuntos musicales que tuvieron renombre más allá de las fronteras de Jalisco. En esa generación de clientes del Tenampa se cuentan los primeros que conocieron el placer de llorar o envalentonarse bajo los efectos mezclados del tequila y las canciones vernáculas. Por aquellos años alrededor de la plaza había sobre todo viviendas y algún expendio de pulque.



La historia del mariachi como uno de nuestros estilos musicales más emblemáticos corre pareja con la de la Plaza Garibaldi. Pero hubo otro elemento que coincidió: el cine de la Época de Oro y sus personajes que arriesgaban todo por una mujer y que jamás se arredraban ni ante el riesgo de muerte. El ascenso del charro como protagonista de nuestras épicas tuvo como resultado un desfile de valientes de carne y hueso que iban en busca de replicar sus ademanes y estrategias. Garibaldi, el lugar que ya se daba a conocer como la base de operaciones de los mariachis, comenzó a recibir a todos ellos: los que buscaban reconciliarse con su pareja, otros que esperaban persuadir a la recién cortejada y los

La historia del mariachi como uno de nuestros estilos musicales más emblemáticos corre pareja con la de la Plaza Garibaldi.

que sólo querían gritar su amor a mayor volumen o con un timbre distinto. Todos ellos ansiosos de encarnar a Pedro Infante, Javier Solís o Jorge Negrete.

Las películas de la Época de Oro dieron forma a lo que hoy parece casi una mitología que rebasó los límites de nuestro territorio. México se volvió una tierra que atrajo a muchos de los artistas clave de la primera mitad del siglo pasado. Esta peregrinación no tuvo un solo destino, pero la Plaza Garibaldi estuvo cerca de ser su centro neurálgico. Esta plaza, en espe-

cial el Tenampa, acogió algunas de las mejores parrandas de gente como León Trotsky o Antonin Artaud. También varios de nuestros ídolos más perdurables fraguaron sus



rasgos aquí: José Alfredo Jiménez, Tito Guízar, Lucha Reyes y Chavela Vargas, entre otros; además su vitalidad ha sido recogida en nuestra literatura, como en *Agua quemada* de Carlos Fuentes, por citar solo un ejemplo.

Hoy el cine mexicano es completamente distinto, pero el mariachi, instrumentos más instrumentos menos, persiste como una valiosa tradición sobre el suelo de Garibaldi, donde además se puede visitar el Museo del Tequila y del Mezcal, en donde es posible encontrar exposiciones, conferencias, tertulias y documentación sobre estos destilados tan representativos y también se brinda información sobre la propia historia del mariachi y del recinto que los acoge.

Si algún incauto pensara que el sitio es una vitrina para asomarse al pasado es porque jamás ha puesto un pie ahí: a medida que nuevos géneros han ganado espacio hasta conquistar el centro del país (o toda su extensión), los mariachis se han encontrado representados sobre la plancha de la plaza o en sus cantinas aledañas. Garibaldi, así, es un mapa o un reflejo fiel de la cultura popular y su música.

Recorrer la plaza durante las horas altas de la noche es escuchar un *collage* que sintetiza mucho de lo que ocurre en la capital, donde se dan la mano las tradiciones de varias regiones del país. Entre las notas dominantes del mariachi se cuelan las de los conjuntos nortños, las marimbas chiapanecas y los tríos románticos, y llegan hasta nosotros ecos de sones veracruzanos, cumbia, salsa y hasta cilindreritos. A últimos años, incluso los sonideros han recorrido la periferia por los bares, cada vez más cerca de la fiesta principal.

Además del sabor local, los músicos son el principal producto de exportación de Garibaldi. A pesar de que vivimos en un momento que (casi) todo puede contratarse y recibirse sin salir de casa, incluidos mariachis, las visitas de quienes van en busca de un conjunto no han disminuido. Y es que tan solo deambular por esta plaza es una experiencia con valor antropológico y estético en sí mismo. Aunque si hay el añadido de uno o varios tequilas y, sobre todo, un conjunto que nos acompañe, ya podrá uno decir que no murió sin haber vivido una noche en Garibaldi. 🍷



MOSAICO DE MÚSICA POPULAR EN EL CENTRO HISTÓRICO

Por Emilio Revólver

Desde los oídos del cronista se nos invita a
un recorrido nocturno por varios de los rincones
musicales del Centro Histórico.

EN EL CENTRO, SIEMPRE DE TODOS, CELEBRAMOS DE FORMA permanente lo diverso. Y su música es una buena muestra de ello. Bajo esta idea, va un brevísimo retrato del choque de lo distinto en algunos de sus espacios de música en vivo.

Preparados para todo

Comencemos con algún lugar como La Faena (Venustiano Carranza 49), que un día es un restaurante bar silencioso, similar a su hermano, el bar Mancera, ubicado justo a su costado, y otro se convierte en escenario de una gira de una banda de psychobilly. También hay karaokes como El Oasis (República de Cuba 2), donde súbitamente triunfan

imitadores de Gloria Trevi y la Tesorito. No hay que obviar el teatro Metropolitán (Independencia 90), que pareciera indolente en su frío *art déco*, pero que no tiene reparo en recibir un día a los Pixies y otro a los exTimbiriche; tampoco hay que olvidar los fantasmas de lugares como el Bombay (Eje Central 99), cerca de Garibaldi, en el que hace más de cincuenta años se gozaba con la rumba: fue un escenario del *performance* y otros movimientos artísticos durante los setenta y ochenta, y hasta hace no mucho resonaba la palabra del hip hop. En la música en vivo del Centro, todo es promesa y reencuentro, así que hay que estar preparados para todo.

Hazlo tú mismo

La noche empieza temprano en foros para bandas independientes como Cultural Roots (Tacuba 64), Doberman (Madero 20), Capitán Gallo (Ayuntamiento 145), el anarquista El Mundano (Eje Central 130) o el Club Atlántico (Independencia 40), que hacen de todo para mantenerse a flote, y se defienden por igual con homenajes a bandas inglesas ochenteras y con músicos de salsa afrocubanos. Siempre solos en su esfuerzo y muchas veces concurridos hasta el tope, predicán la cultura del «hazlo tú mismo» con electrocumbia y actitud punk.

Los célebres

A partir de la reactivación económica del Centro Histórico de 2003 aparecieron lugares «todo terreno», pero con más ventajas e inversores, que visten las calles con la etiqueta de lo *cool* y lo actual. Son espacios con menús para el día y noches abiertas a desfiles de modas, exposiciones de arte y conciertos. El Pasagüero (Motolinía 33), fundado entonces y cuyo nombre está inspirado en una litografía del artista Chucho Reyes, quizá sea el más conocido de ellos. En aquella época también se renovó la calle Regina, que ahora puede verse desde la terraza del hotel del mismo nombre (Regina 58), cuya cabina es de las mejor equipadas en la ciudad para escuchar música electrónica. Otra terraza, la del Centro Cultural España (Guatemala 18), ha sabido mostrar la variedad de propuestas musicales independientes de ambos lados del Atlántico. En Donceles 66, la pizzería del Perro Negro tiene un espacio llamado La Capilla de los Muertos, un estándar de diseño acústico para la zona. El Zinco (Motolinía 20), uno de los ciento cincuenta mejores clubes de jazz del mundo a decir de la revista *Downbeat*, vale por aceitar la marcha de un circuito de nuevos músicos mexicanos del género, así como por su oferta gastronómica y porque permite a los

visitantes tocar las pesadas bóvedas del antiguo Banco de México. Las curadurías de bandas en vivo llevan ya años de descubrimientos que merecen la pena.

Lentejuelas

Cuando la noche es profunda, los actores cambian. La Malagueña (Eje Central 10) funciona de día como tienda de productos vaqueros y de noche es un bar LGBTT con música norteña y de banda. Está situada en la calle más proclive a encuentros inesperados: República de Cuba, que hizo su propia versión de aquella reactivación del 2003 gracias al Marrakech (Cuba 18), y que en compañía de establecimientos como Las Pecosas (Cuba 23) o La Perla (Cuba 44) llenan el paso con imitadores ingeniosos de artistas de balada pop y música de salsa. Algunos bares que acompañan el Eje Central hasta Garibaldi se vuelven admirables por sus conjuntos de música tropical, que llevan con diligencia el *tempo* para quienes se desenvuelven en la pista de baile. Ellos revisitan la fuerte tradición del cabaré, cuyos espectáculos marcaron un estándar visual y sonoro en el México de la Época de Oro, bien atestiguado en la película *Los caifanes*, dirigida por Juan Ibáñez en 1967.

El oído absoluto

La mañana se estira en La Hermosa Hortensia (Plaza Garibaldi), pulquería con más de ochenta años de vida, en la que

los acordes de un grupo norteño nos recuerdan que la noche es fugaz como un puño de tierra. Las condiciones del Centro hacen que todo pueda florecer y parecen decirnos que si consiguiéramos que ningún mestizaje musical nos aterrara y ningún talento nos pareciera insignificante estaríamos frente a una función infinita.

Despunta la mañana con el timbre de un organillo alemán. La caja de música que es el Centro vuelve a empezar otra jornada y, como todos los días, se afina en una clave de diversidad que le hace rugir y vibrar en todas sus esquinas. 🎵

En la música
en vivo del Centro,
todo es promesa y
reencuentro, así que
hay que estar
preparados
para todo.



La caja de música que es el Centro vuelve a empezar otra jornada y, como todos los días, se afina en una clave de diversidad que le hace rugir y vibrar en todas sus esquinas.



Por Édgar Anaya Rodríguez



El barrio de cartón

Un oficio transmitido de generación en generación que tiende puentes entre los mundos fantásticos y las técnicas artesanales.



¿C UÁNTO CARTÓN HAY EN EL CENTRO DE LA CIUDAD de México? Sin duda, toneladas. Quizá la mayor parte del humilde y anónimo material –constituido por hojas de papel unidas con algún pegamento– tiene forma de cajas y otros objetos, que van desde techos de las casas más humildes hasta archiveros para oficinas.

Sin embargo, en uno de los barrios del centro el mismo cartón se convierte en arte. Todos los días, de varias viviendas de la calle Oriente 30, paralela a la avenida Fray Servando Teresa de Mier y a espaldas del mercado Sonora, salen obras maestras creadas con papel, engrudo y el toque hechizador de las manos hábiles de un grupo de mexicanos.

En estas casas todo es cartón; este material se encuentra por todas partes, hasta en la calle, donde brazos, cuernos, alas, cráneos y sombreros esperan a que el sol los seque antes de ser armados y pintados. Muñecas, charros, calaveras, máscaras, judas y alebrijes nacen aquí para surtir los mercados y las fiestas religiosas y civiles que se suceden a

lo largo del año, y no pocas veces viajan a otras ciudades e incluso otros países.

El mismo mercado Sonora se ha convertido en el santuario por excelencia de la cartonería, porque probablemente sea en sus pasillos donde más de estas figuras pueden encontrarse, de acuerdo con el calendario festivo: judas en la Semana Santa, calaveras en Día de Muertos, cascos y escudos durante las fiestas patrias, piñatas para las posadas decembrinas, etcétera.

Noble, añeja y muy tradicional actividad artesanal en México es la cartonería. Noble por lo barata y accesible de trabajar. Añeja porque llegó con los primeros evangelizadores españoles, hace ya casi quinientos años, de cuyas manos, y jugando, encimando trozos de papel remojado en engrudo, fueron surgiendo piñatas, muñecos y varias figuras que les ayudaron a inculcar la doctrina cristiana entre los indígenas. Tradicional porque es toda una rama de nuestro arte popular.



Si bien el modelado de estas coloridas figuras no es exclusivo de la Ciudad de México –en algunas ciudades de Guanajuato, por ejemplo, también es tradicional–, sí es muy representativo, lo que es notable si se considera que las artesanías originarias de la capital del país se conservan cada vez menos.

En el barrio de cartoneros, a un paso de La Merced, destaca sin duda el trabajo de los Linares, hijos, nietos y bisnietos del maestro de maestros en el arte del cartón, don Pedro Linares Jiménez, fallecido en 1992 y quien un año antes recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en la categoría de Artes Tradicionales Populares –la máxima condecoración que otorga el Gobierno de México–. De los juderos que hubo en su época, Linares fue el líder, por lo que fue llamado *el judero nacional*.

En la calle de Oriente 30 viven personas dedicadas a la cartonería, y el maestro Pedro Linares vivió entre las calles Sur 79 y el callejón San Nicolás. Hoy habitan ahí sus hijos

Miguel y Felipe, con las nuevas generaciones. Varios heredaron el talento y el gusto por el manejo artístico del cartón, que se enseña entre los propios familiares. «Un buen cartonero –dice Miguel– no solo debe saber hacer alebrijes o judas: el reto es saber hacer cualquier figura que le pidan».

Mucho disfrutaba don Pedro una tradición que transmitió a sus descendientes y que sobrevivió en ese tramo de su calle: la quema de Judas. Cada sábado de Gloria, al caer la noche, enormes Judas de varios

metros de altura –a veces con las figuras de los políticos y personajes odiados del momento–, cargado cada uno con su arsenal de cohetes, desfilan para volar en pedazos.

**La cartonería
comenzó hace ya casi
quinientos años y
sigue siendo una
expresión vigente
del arte popular.**



El Judas es también el padre del alebrije. De él descendió, en una metamorfosis gradual, hace varias décadas. A Pedro Linares se le atribuye este milagro. El alebrije, monstruo colorido y fiero de cartón, materialización y resumen de la fantasía del mexicano, ha levantado el vuelo ininidad de veces, llevando siempre a cuestras una bandera tricolor que ondea gustoso al moverse para representar a México ante muchos países. A últimas fechas ha subido ya a las vitrinas de los museos para transmutar su origen artesanal por un ropaje de obra de arte. «La máxima expresión de la cartonería popular», según se le ha llamado.

El alebrije, el «monstruo de la Ciudad de México», nació en el Centro y es la representación misma de esta urbe. Fue engendrado hace varias décadas en el seno de esta ciudad compleja y formidable, ciudad de contrastes, que puede resultar espantosa a primera vista, pero termina siendo fascinante, como el alebrije mismo.

En este barrio que conecta el Centro con el oriente de la capital, al borde de la calle del cartón, sus habitantes unieron con engrudo infancia y juventud, con papel forraron sus sueños de adulto y ahora, que se han convertido en experimentados artesanos, con sus pinceles colorean y decoran la vida para disfrute de todos. 🌐





Diego Rivera está vivo

Un museo que pone entre paréntesis su habitual silencio para dar pie a la fiesta y el baile popular.

Otro sueño dominical

Diego Rivera nunca imaginó que el refugio de una de sus obras más icónicas (*Sueño de una tarde dominical en la Alameda*) se convertiría en un testigo de sueños y tardes que parecen infinitas.

El famoso mural es una mezcla entre la infancia y juventud del muralista y la historia de México. Su composición introspectiva y el recinto que la alberga son bien conocidos por los cronistas y los curtidos paseantes de la Alameda y sus alrededores, sin embargo, el exterior de este inmueble también envuelve un misticismo y una cotidianeidad que pocos se detienen a observar.

Entre semana, cuando los alrededores de Juárez, Balderas, Reforma y Bellas Artes ven desfilar a oficinistas apresurados con café en mano, el Museo Mural Diego Rivera suele mantenerse en calma. Sus jardineras y bancas lucen vacías, a excepción de algunos somnolientos que deciden resistirse al trajín de una de las avenidas más hiperactivas de la ciudad y prefieren tomar su propio sueño dominical.

Las puertas del Museo Mural Diego Rivera están abiertas desde las diez de la mañana. Es domingo. Algunos turistas tempraneros son los primeros en llegar. Toman fotos y se sientan para observar a detalle los mil y un rostros del pueblo mexicano.

No hay mejor forma de que los espacios culturales cumplan su misión que provocando que la gente los habite a partir de expresiones como la danza.

Afuera ocurre otra historia, se trata de un mural vivo. Las primeras jardineras son ahora una zona de juego. No hay distinción: señores con trajes y corbatas, hombres que abrazan bolsas de plástico en las que guardan quién sabe qué cosas, ancianos que se tapan la cara con vasos para no salir en la foto, bigotudos con sombrero y cadenas doradas y mirones con anillos en cada dedo. Todos conviven en mesas instaladas de forma temporal mientras incuban partidas de ajedrez y pláticas llenas de experiencia y años.

Leonardo tiene casi tres años de acudir puntual a su encuentro con los contrincantes de toda una vida. Juega como si se tratara de una partida de dominó. Pareciera que cuenta puntos en lugar de analizar las consecuencias de su siguiente movida. Ha perdido dos peones ya. No le preocupa y continúa moviendo rápidamente su caballo y su reina mientras exhala el humo de su cigarro.

Más allá se escucha una plática:

—¿De a cómo va a ser?

—De a cinco.

—¿¡Cuánto!?

—Bueno, diez.

—No saco ni para unos cigarros, de a tostoncito...

Así acuerdan la siguiente partida.

Transcurre una docena de juegos más y los espacios se llenan, pero no solo en las apretujadas e improvisadas mesas de ajedrez. Hay música y olor a esquite. Frida Kahlo estaría feliz entre las blusas de colores y los collares artesanales que engalanan esta parte de Balderas. Las puertas del museo están abiertas de par en par y la gente comienza a llenar la entrada.

Adentro todas las voces se callan. La imponente obra de treinta y cinco toneladas amerita silencio y respeto. Atrás

quedó la música citadina. Justo enfrente está el enigmático fresco que revive la historia mexicana en tres secciones. La Conquista y la época virreinal aparecen con Hernán Cortés, fray Juan de Zumárraga y sor Juana Inés de la Cruz; el siglo XIX con las figuras de Antonio López de Santa Anna, entregando las llaves del país, de Benito Juárez, con su mirada seria, y don Porfirio con su hija y su esposa. Ahí en medio, con una mirada anfibia, aparece el México moderno con un Diego de nueve años, cobijado por la Catrina y su eterna Frida.

La música nos mueve

El mediodía da inicio al Domingo de Conciertos, espacio abierto a futuros artistas que no tienen pena alguna en tocar a espaldas de míticos personajes. Abren los alumnos de la maestra Cynthia Díaz; le sigue el recital de piano de Nicolás Rodríguez. Pareciera que un serio Porfirio Díaz quiere voltear a mirar la destreza del joven músico.

La noche le gana a la Alameda una vez más. Inicia el verdadero sueño dominical.

Parejas danzantes toman el lugar de los caballeros ajedrecistas. Todo sale de un par de bocinas.

El olor ya se mezcló: hamburguesas, papas a la francesa, tlayudas, quesadillas, tacos, churros y demás combinaciones acompañan a una pareja de amantes que dan vueltas y vueltas en el concreto.

Mueven los pies al ritmo de una salsa con sabor a cumbia mientras los mirones se suben a las jardineras para observar el espectáculo. Señoras se sientan apretujadas entre las bancas mientras los más valientes sacan a bailar a alguna señorita apenada. Y mientras los danzantes continúan, nosotros volvemos a la pregunta inicial: ¿Qué diría Diego Rivera si supiera que su famoso *Sueño dominical* sigue cobrando vida cada fin de semana? 🍷

Cartelera

Por Lyra Gastélum

Leo Matiz, el muralista de la lente. A cien años de su nacimiento 1917-2017

En 1941, después de ver la película *Allá en el rancho grande* (1936), el fotógrafo y caricaturista colombiano Leo Matiz Espinoza se embarcó hacia México, donde vivió seis años. Aquí se involucró con personajes de la época, como el poeta Pablo Neruda, el cineasta Luis Buñuel, la actriz María Félix y varios pintores mexicanos.

Durante su estancia en México trabajó con los muralistas David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, haciendo fotografías que servirían como modelo para plasmar posteriormente los murales de los famosos pintores.

A propósito del centenario de su nacimiento y del Año Dual México-Colombia, el Antiguo Colegio de San Ildefonso y la Fundación Leo Matiz presentan *Leo Matiz, el muralista de la lente. A cien años de su nacimiento 1917-2017*, una muestra conformada por ochenta y un fotografías en las que se muestran las dotes artísticas del colombiano.

La exposición se centra en el trabajo que creó Matiz entre 1941 y 1947, con placas de personajes como el músico Agustín Lara, el cineasta Emilio «El Indio» Fernández, la pintora Frida Kahlo y los muralistas José Clemente Orozco y Diego Rivera, entre otros.



Foto: cortesía Antiguo Colegio de San Ildefonso.

Además de la muestra, se llevarán a cabo actividades relacionadas con el trabajo del fotógrafo, por ejemplo, una charla que abordará el tema de la música como una forma de memoria, el 3 de agosto; otra sobre el muralismo y la fotografía el 10 de agosto, y la proyección de la película *La devoradora* (1946), de Fernando de Fuentes, el 8 de agosto.

.....
Antiguo Colegio de San Ildefonso (Justo Sierra 16) Martes, 10 am-7:30 pm; miércoles a domingo, 10 am-5:30 pm. Hasta el 17 de septiembre. \$50.

Visitas guiadas por el campanario de la Catedral

La Catedral Metropolitana de la Santísima Virgen María a los Cielos de Ciudad de México es uno de los edificios religiosos e históricos más famosos de Latinoamérica. Su construcción inició en 1571 para ser terminada oficialmente en 1813. El trabajo corrió a cargo de arquitectos como Claudio de Arciniega, Juan Gómez de Trasmonte, José Damián Ortiz y Manuel Tolsá.

Si bien todos los ciudadanos y turistas conocen su interior, pocos saben de la existencia de sus visitas guiadas por el campanario, todos los días de 10 am a 7 pm. En estos recorridos, que se llevan a cabo cada media hora, podrás conocer las treinta y cinco campanas y la historia de alguna de ellas.



Foto: cortesía Catedral Metropolitana.

En esta visita guiada, que no es apta para quienes les temen a las alturas, se pueden apreciar los distintos estilos arquitectónicos de la Catedral, además de conocer el funcionamiento de las campanas y la forma en que se tocan.

.....
Catedral Metropolitana (Plaza de la Constitución s/n). Lunes a domingo, 10 am-7 pm. \$20.



Taller para adultos en el Museo de Arte Popular

Así como hay cursos de verano para niños en diferentes instituciones, el Museo de Arte Popular abre sus puertas con talleres para toda la familia, en los que se puede echar a volar la imaginación, conocer nuestras dotes artísticas y, sobre todo, aprender de técnicas tradicionales mexicanas.

Todos los miércoles, de 6 pm a 8 pm, el museo se transforma en una escuela de artes y cuenta con una amplia oferta de talleres. Por ejemplo, el 2 de agosto Patricia Aparicio impartirá la clase de cerámica Servín de Querétaro y para el 16 de agosto Joaquín Retana enseñará cómo hacer un tradicional yoyo de madera. También habrá cursos de cestería de mimbre, bordado de Cuetzalan y de tortillas ceremoniales.

Todos los talleres tienen un cupo para veinte personas y un costo de \$120 pesos, con el material incluido. Las inscripciones son directamente en el museo.

.....
Museo de Arte Popular (Revillagigedo 11). Todos los miércoles de agosto, 6 pm. \$120.



Muestra escultórica de Xavier Mascaró

El artista español Xavier Mascaró ha centrado sus búsquedas en las piezas escultóricas y para ello ha encontrado inspiración en las tradiciones de Tailandia y Vietnam, particularmente en sus efigies monumentales de budas, guerreros y samuráis. Así lo muestran las catorce piezas que conforman *Guerreros y guardianes*, la exposición enmarcada en el programa de actividades con las que la Embajada de España en México conmemora los cuarenta años del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países.

El asistente podrá disfrutar de esculturas en gran y mediano formato elaboradas en hierro, bronce, latón y estaño que serán exhibidas en el Centro Histórico de la Ciudad de México, en un circuito formado por el Museo del Templo Mayor, la Plaza Seminario y el Centro Cultural España, hasta el 20 de septiembre de 2017.

.....
Centro Cultural España (República de Guatemala 18). Martes a domingo, 11 am-9 pm. Gratis.

James Blunt

Ya sea en un comercial, una película o en el radio, alguna vez hemos escuchado al menos el coro de la canción «You're Beautiful», del inglés James Blunt, el cual debutó en 2005 con su disco *Black to Bedlam*.

En 2007, su segundo LP, *All the Lost Souls* fue tan bien recibido que en la primera semana se hizo acreedor a un Disco de Oro por sus ventas. Durante los siguientes años lanzó los menos exitosos *Some Kind of Trouble* (2010) y *Moon Landing* (2013).

Ahora, en 2017, el cantante regresa con *The Afterlove*, su quinta placa que fue lanzada el 24 de marzo. De este disco se



Foto: cortesía OCESA.

desprenden los sencillos «Love Me Better» y «Bartender», los cuales escucharemos en su próxima presentación en la Ciudad de México.

.....
Teatro Metropolitano (Independencia 90). Domingo 20 de julio, 9 pm. \$380-\$980.

El Centro por día

martes
8

CONFERENCIA

5 pm | Instituciones de la República
Recinto de Homenaje a Don Benito Juárez.
(Palacio Nacional). Gratis.



CINE

miércoles
9

4 pm | MICGÉNERO
Museo de la Mujer (República de Bolivia 17).
Gratis.

jueves
10

EXPOSICIÓN

10 am-6 pm | Marco Antonio Cruz: relatos y posicionamientos (1977-2017)
Centro de la Imagen (Plaza Ciudadela 2). Gratis.

viernes
11

MÚSICA

8:30 pm | The Chamanas
Teatro de la Ciudad Esperanza Iris
(Donceles 36). \$300-750.

sábado
12

EXPOSICIÓN

10 am-6 pm | Transeúnte
Centro Cultural de España en México
(República de Guatemala 18). Gratis.



EXPOSICIÓN

domingo
13

10 am-6 pm | El Multifamiliar moderno
Museo Nacional de Arquitectura del Palacio de
Bellas Artes (Avenida Juárez 4). Gratis.

MONSIVÁIS
Y SUS CONTEMPORÁNEOS



EXPOSICIÓN

lunes
14

10 am-6 pm | Monsiváis y sus contemporáneos
Museo del Estanquillo (Isabel la Católica 26).
Gratis.



EXPOSICIÓN

martes
15

10 am-6 pm | Por los siglos de los siglos.
Exploración matérica con la colección del
Museo Nacional de Arte
Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). \$60.

miércoles
16

MÚSICA

7 pm | Zyanya Cruz
Parroquia de Santa Catarina Virgen y Mártir
(República de Brasil 69). Donativo voluntario.



TEATRO

jueves
17

8 pm | La tumba vacía
Catedral Metropolitana de México (Plaza de la
Constitución s/n). \$150.



EXPOSICIÓN

viernes
18

10 am-6 pm | Guerreros y Guardianes de Xávier Mascaró
Circuito formado por el Museo de Templo Mayor, la Plaza Seminario y el Centro Cultural España en México. Gratis.



EXPOSICIÓN

sábado
19

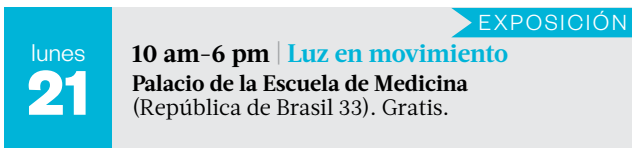
12:30 pm-6 pm | Pintado en México, 1700-1790: Pinxit Mexici
Palacio de Cultura Citibanamex - Palacio de Iturbide (Madero 17). Gratis.



MÚSICA

domingo
20

5 pm | Orquesta Típica de la Ciudad de México
Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles 36). Gratis.

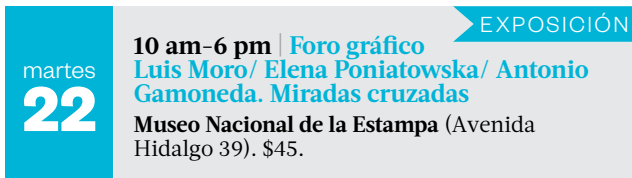


EXPOSICIÓN

lunes

21

10 am-6 pm | Luz en movimiento
Palacio de la Escuela de Medicina (República de Brasil 33). Gratis.

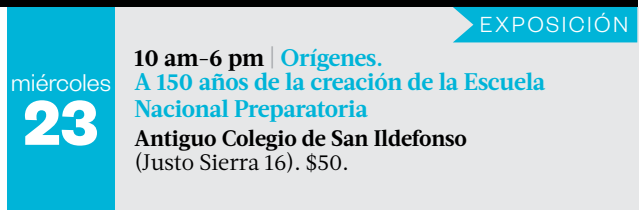


EXPOSICIÓN

martes

22

10 am-6 pm | Foro gráfico
Luis Moro/ Elena Poniatowska/ Antonio Gamoneda. Miradas cruzadas
Museo Nacional de la Estampa (Avenida Hidalgo 39). \$45.



EXPOSICIÓN

miércoles
23

10 am-6 pm | Orígenes.
A 150 años de la creación de la Escuela Nacional Preparatoria
Antiguo Colegio de San Ildefonso (Justo Sierra 16). \$50.



EXPOSICIÓN

jueves
24

10 am | Sueña, Ahorra, Alcanza
Museo Interactivo de Economía (Tacuba 17). \$70.



EXPOSICIÓN

sábado
26

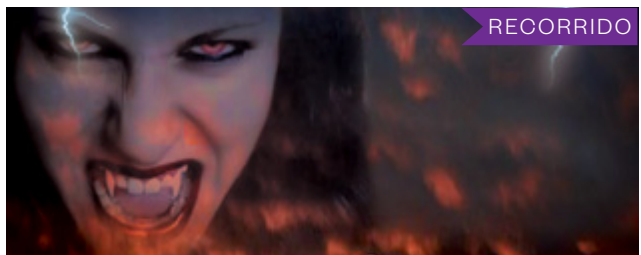
10 am-6 pm | La sombra del monstruo-ser.
Espacio lúdico de Rubén Maya
Museo Mural Diego Rivera (Colón s/n). \$30.



VARIOS

miércoles
30

7 pm | Noche de Museos
Varias sedes. Gratis.



RECORRIDO

miércoles
30

5:45 pm | Noche de Vampiros
Palacio de la Autonomía (Primo de Verdad 2). \$150.



CINE

jueves
31

4 pm | Balada triste de trompeta
Museo del Templo Mayor (Seminario 8). Gratis.

Programación sujeta a cambios

Niños

Por Arturo Lazcano Botello

Esta figura **azteca** representa a la **Tlaltecuhтли**, la "señora de la Tierra", progenitora y a la vez devoradora de todas las criaturas.

Para los aztecas era una diosa tan importante que colocaron una inmensa escultura en el centro exacto de la ciudad, en el punto donde se cruzaban la calzada de Iztapalapa y la calzada de Tlacopan, junto al **Templo Mayor**.





La mitad del lado izquierdo es un dibujo **realista**, la mitad del lado derecho es un dibujo **abstracto**.

¡Coloréalo para que puedas notar las diferentes maneras de representar un mismo objeto!

